Voy a entrar en la parte final de este largo y doloroso camino. Pero esta parte es la que atañe a México, y yo soy mexicano. Debo, pues, tener más cuidado que nunca; luchar, antes de escribir cada palabra, contra mi indignación y mi dolor para no permitirles que maticen siquiera la exposición que he de hacer. Porque si al asomarme a la República Española y su mito mi objetivo fue demostrar, hasta la saciedad, que un puñado de malos gobernantes –malos por demasiado buenos, en algunos casos; por torpes, por tercos, por pequeños incapaces de engrandecerse de acuerdo con el engrandecimiento de sus responsabilidades– bastan para hundir a todo un pueblo heroico en el caos del odio que preside la sangre y la muerte; si al asomarme al mito de la revolución cubana y su grotesca derivación en territorio de Bolivia cumplí –y me gustaría que alguien tratara de desmentirme– el duro oficio de “vociferador de la verdad”, como me llamara uno de esos “intelectuales mexicanos” que se han pasado en la vida ignorando la maravilla de su país para remover los basureros del mundo en busca de alimento para sus espíritus enfermos; al tomar, con el amor de siempre, la necesaria defensa de mi país ante el crimen contemporáneo organizado, cumplo el oficio de mi vida toda. México, para mí, no es ya un país sujeto a determinadas influencias. México es la tierra que me nutre, las tumbas de mis padres, las cunas de mis nietos, el mundo de mis hijos, la tierra de mi mujer. México es lo bueno de mí mismo. Es mi carne y mi sangre, mi amor y mi cruz, mi pasión. Y para defender a México no es que esté dispuesta a dar una vida que a México le debo, es que quisiera tener mil vidas para dárselas. Y no hay lirismo aquí. Lo digo de veras. Seriamente. A fondo. Con los tuétanos mismos el alma. No voy a ser cronista de un crimen lejano ni de un siniestro al que me asomo por solidaridad humana. Es que tratan de incendiar mi casa, de matar a mi gente – matarle el alma, lo que les hacen gente, mi gente– y frente a esta amenaza, ya cumplida en parte en Morelia, en Ciudad Madera y en Tlatelolco, no pienso hacer, o dejar de hacer, lo que los “intelectuales” –curiosa autocalificación– que México han sido cómplices del gran crimen.

Cómplices, sí, porque ellos –varios del grupo escribiendo en la revista de cuyo cuerpo de escritores soy miembro– perfectamente lo que se ha intentado hacer en el país mediante el monstruoso maridaje de los extremistas de izquierda y de derecha que echó a rodar el carro maldito de la muerte. Y sabiéndolo no han tenido la elemental honestidad, la suficiente virilidad, el mínimo amor a su pueblo y a su tierra para oponerse a la más negra de todas las traiciones. Yo no sé, a la verdad, cómo es posible comprender sin actuar. Y si ocurre que no comprenden, entonces su crimen es doble. Para ellos, por qué son “cultos” , porque son “progresistas”, es imposible luchar. ¿Es que tienen miedo de que el comunismo triunfe y les pida cuentas? Ser hombre es ya un tratado responsable de contabilidad moral. ¿Es que padecen la mezquina enfermedad de la envidia y porque no tienen parte del poder público –como si no fuera un poder grande y fuerte el ser escritor– ceden al placer de ayudar, escondida la mano, a quienes piden, en medio de un pueblo más que religioso, implantar el sistema del hormiguero sobre la humanidad? ¿Es que ignoran, para hablarle a su miedo ya su conveniencia, que en los sistemas totalitarios pensar se paga con la vida? ¿Tienen la esperanza sucia de ser los voceros del rey del hormiguero? ¿No les importa que sus hijos sean rebajados al escala zoológica, mutilados de su parte divina, de su espíritu, de su mente, de su inteligencia, de su amor? ¿Ignoran, ¡pero no es posible!, que los pensadores y los artistas fueron asesinados en la URSS, todos ellos, aun los que todavía caminan, cadáveres ambulantes, de la consigna hasta la consigna? ¿Es que no saben que en los momentos en que escribo estas líneas hay varios escritores soviéticos sosteniendo una huelga de hambre en un campo de concentración, que esos lugares de infamia no son creación de Hitler, sino de Stalin? ¿Es que no leyeron el Informe de Kruschev? ¿Están tan ciegos que no pueden ver Hungría? ¿Están tan sordos que no oyen la voz de los checoslovacos? ¿Han dejado de ser hombres al extremo de no importarles la condición humana?

Excluyo de ese grupo a dos hombres –¿hombres?– de cuya mente enferma, pero cruel y cobarde, he de sacar, como de un pozo de aguas negras, porquería. Porquerías. Se llaman Víctor Rico Galán, un extranjero ingrato y José Santos Valdés, un mexicano que habiendo recibido el título de profesor prefirió el de bandido. Pero aun siendo lo que son estos individuos me parecen peores los que se abstienen, los que coquetean con el crimen, los que respetan el tabú del mundo moderno. No son capaces, siquiera, de ser malos. Y es que no son capaces de ser hombres.

Tengo en las manos un pequeño libro que se llama “Madera” y que tuvo la desfachatez de enviarme su autor, José Santos Valdés. Tiene una dedicatoria tan falsa, tan hipócrita, que me irrita volver a leerla: Y firma con su nombre, José Santos Valdés, que conmigo no puede emplear su “seudónimo revolucionario”. Hay una extraña novela de Chesterton que se llama “El hombre que fue Jueves”. Representa, la figura fantasmagórica del protagonista, la figura de Dios Padre. Santos Valdés escogió como “nombre de guerra”, aunque no tiene un rasguño, el de “Jueves”. Y dice Santos Valdés, sumergido en cieno a “Jueves”, en las “Primeras palabras” de ese tratado de hipocresía: (ya no es “el tirano, el asesino, el lacayo del imperialismo yanqui”, sino “el Señor Presidente”)

Ahora, lector, te suplico atención especial para lo que sigue, porque es un ejemplo especialmente irritante de doblez:

(Pensaba comentar estas sucias palabras al terminar de copiarlas, pero no me es posible: la indignación me ahoga. )

(“Jueves” no solamente es hipócrita, si no estúpido. ¿Quien se va a tragar que para luchar contra un gobierno local –que era pésimo por cierto, y en ello sí tiene razón– sea salte un cuartel del ejército federal? Lo lógico sería, puesto que se trataba de matar, organizar un atentado contra el gobernador Giner, pues los soldados de nuestro ejército no tienen la menor culpa de que en Chihuahua, o en cualquier otro Estado, haya malos gobernantes. Se asaltó el cuartel de Madera porque se imitó, deliberadamente y para satisfacer y contentar a Raúl Castro, el asalto al cuartel de Moncada en Santiago de Cuba. Situada en la sierra, no muy lejos de los Estados Unidos, Madera era un punto ideal para que Valdés y sobre todo Rico Galán –en tercer lugar Marcué para Pardeñas– necesitaban: cumplir sus promesas al jefe miliciano de Cuba, quien había reclamado furioso a Rico Galán el gasto de mucho dinero sin resultados palpables. Si la prensa norteamericana armaba –como armó– un escándalo por la existencia y la actividad de una guerrilla mexicana cerca de la frontera, Raúl Castro se mostraría satisfecho. México es la cabeza de Indoamérica, es el tradicional refugio de los perseguidos políticos del mundo, es el único país estable de América Latina. Para el régimen cubano sería una carta de triunfo el tener seguidores de nuestro país).”

(No, señor: usted no forma parte de la izquierda delirante. Usted es un señor muy cuidadoso, muy sensato, muy saludable. Los de la izquierda delirante eran los ahora muertos, a quienes USTED ENVIÓ A MORIR, especialmente ese joven Miguel Quiñones, sobre el que tuvo usted siempre tan grande influencia).

(Inútil de momento, sí, señor profesor: ¿pero qué tal después en Tlatelolco? ¿Y qué tal cuando la semilla que ustedes sembraron en Madera fructifique en el régimen de muerte con el que sueñan, creyendo que van a tener el poder en sus manos? No conozco, y conste que leído mucho, ejemplo más repugnante de doblez. Confiesa aquí, en estas dos palabras, “de momento”, todo lo que tiene las tripas, puesto que coincidencia no puede tener).

Puesto que el señor profesor “Jueves” ha estado en tan distintos lugares mientras escribe la más sucia mentira de su vida mentirosa, no me explico por qué la Secretaría de Educación Pública, que le entrega un cheque cada 15 días hace muchos años, no lo envía de una buena vez en gira, Estado por Estado del país, para que pueda formar una guerrilla en cada uno de ellos y escribir así 29 folletos en que lamente la muerte de maestros y estudiantes a quienes él armó y fanatizó y la pérdida de soldados a quienes él, menos indirectamente de lo que parece, asesinó.

El otro culpable, que al menos está preso y no sigue cobrando sus chequecitos –porque los cobraba– del gobierno mexicano, es el español Víctor Rico Galán. Voy, también, a reproducir, como introducción al estudio de la Gran Infamia, una carta que ese individuo, antiguo colaborador de la revista “Siempre!” envío a su director, don José Pagés Llergo. Pero deseo aclarar que el señor ni rico ni galán y mucho menos víctor no está solo ocupando el sitio de “Lenin de México”. En Lecumberri hay dos futuros Presidentes de la República, cada uno de los cuales espera todos los días que “las masas” lleguen a liberarlo para llevarlo en triunfo a Palacio Nacional: son Rico Galán y José Revueltas. Revueltas al menos es mexicano, ha escrito dos o tres buenos libros, es hermano de una gloria nacional y duele verlo tan enfermo. El otro, al menos de mi parte, no merece sino desprecio. Y conste que lo conozco hace más de 20 años. Cuando en mi libro “La noticia detrás de la noticia” hablé de Rico Galán, y hablé mal, por supuesto, algunos lectores me reprocharon el “meterme” con un hombre que está preso. Es la verdad que escribí ese libro antes de que Rico Galán fuera detenido, pero su encarcelamiento de ninguna manera hubiera cambiado mi opinión. Es más: yo había estado en Chihuahua unos meses antes de la matanza de Ciudad Madera. Fui a trabajar en mi oficio y a levantar un pequeño censo de las torpezas, más que las crueldades, cometidas por el general Giner, un viejo estúpido con alma servil que encabezó el peor desgobierno imaginable. Batallé como es mi costumbre en el ejercicio de mi profesión, que el periodismo social, y logré libertar, contra la voluntad de Giner, a tres mexicanos en cierto modo víctimas del bruto y atrabiliario gobernador: un estudiante apellidado Cardona, un profesor Rodríguez Ford y el líder agrario, especialista en invasión de latifundios –lo que me parece muy bien, pues los latifundios deben desaparecer– Álvaro Ríos. Guardo un telegrama que dice textualmente:

No acostumbro explotar este tipo de agradecimiento. A lo largo de mi trabajo periodístico suman muchos, que dejo para mis hijos para el día en que yo no esté aquí. Si publico este telegrama es porque necesito probar el derecho que tengo a hablar de Chihuahua y de aquellos hombres y sus problemas.

Si en “La noticia detrás de la noticia” no dije de Víctor Rico Galán lo que voy a decir ahora, se debe a que NO HABÍA OCURRIDO LA MATANZA DE MADERA, y a que nunca pensé que Gómez, Gámiz y sus compañeros fueran tan ingenuos, para emplear una palabra que no sea ofensiva, que cayeran en la trampa tendida por ese individuo que llegó niño a México, a donde la generosidad de Lázaro Cárdenas lo trajo desde el campo de concentración en Francia; que aquí hizo toda una carrera en el ambiente sofisticado y estúpido de Filosofía y Letras, que se hizo cronista de sociales, como suena, y que un mal día empezó a sentirse marxista y después del primer viaje de gorra a Cuba empezó a equilibrarse pensando que podía ser –porque nunca pensó menos que eso– el Fidel Castro, o por lo menos, dada su condición de extranjero, el Guevara de México. Además, los lectores que me recriminaron el atacar “a quien no puede defenderse” pensaban, en su noble actitud, que Rico Galán era víctima del gobierno mexicano, que se vengaba de él por sus ataques personales a Gustavo Díaz Ordaz.

Léanlo bien y recuérdenlo: en México, por lo menos de la época de Lázaro Cárdenas para acá, y con excepción de una arbitrariedad cometida por Adolfo Ruiz Cortines contra el pillo Adolfo León Osorio, a quien envió a las Islas Revillagigedo atentando contra la personalidad de licenciado López Mateos, que era ya Presidente de la República, NUNCA un mandatario ha perseguido a nadie por haber ejercido el derecho de crítica. Si Rico Galán fue a dar a la cárcel se debió a dos razones, las únicas que el régimen tomó en cuenta por las pruebas suficientes: la existencia de una “escuela de guerrilleros” que dirigía Rico Galán con dinero llegado de Cuba –entre cuyos alumnos, para que ustedes se den cuenta del talento del señor director, había cinco policías secretos– y en el acopio y la fabricación de armas prohibidas con el manifiesto fin de alzarse en rebelión. Rico Galán no se contentó, pues, con violar a la ley aplicada a los refugios políticos, que les prohíbe inmiscuirse en los asuntos internos de México, sino que fue más allá: con dinero de otro país trato de llevar a la guerra civil al pueblo en cuyo seno su familia halló cobijo, techo, trabajo respeto y libertad.

. Aprovechando precisamente la libertad de expresión en México es sagrada, Rico Galán atacó sin cesar a Díaz Ordaz desde que se perfiló como candidato a la Presidencia de la República. Pero este señorito gachupín –porque ser español es otra cosa– acabó por creer que México era un país de cobardes y de castrados, a pesar de que por decir eso cerca de mí y yo haberlo oído en el bar “Parajón” de la esquina de Antonio Caso con Ignacio Ramírez, hube de sacarlo de local a bofetadas. Entonces propuso en Cuba su escuela de guerrilleros en México. Y Raúl Castro fue lo suficientemente idiota para creerlo capaz de algo que por lo menos requiere valor viril. Además de lo suficientemente ingrato, porque el “hermanito” debiera saber, , que los gobiernos de México y sus Presidentes han sufrido enormes presiones de parte de los Estados Unidos para romper relaciones con la Cuba de Castro, y sin embargo los gobiernos de México han aguantado y sus Presidentes se han enfermado y han envejecido, pero siguen sosteniendo la bandera de Juárez, la del respeto al derecho ajeno. La carta que Rico Galán envío a Pagés Llergo aclara quién, si los que me reprocharon los ataques a su persona, o yo, tenía razón. Hela aquí, por si alguien no la leyó:

(Parece increíble, pero así es: Rico Galán se atreve a hablar de gratitud. El asunto a que se refiere es el relativo a la reforma a la ley que el Presidente de la República hizo con el fin de poder libertar a los llamados presos políticos: pueden salir, sí, siempre y cuando se comprometan a no rescindir en los delitos por los cuales están procesados. Lenin Rico Galán no acepta este tipo de libertad, por supuesto: él quiere que se le pida perdón y que “las masas” vayan por él a la cárcel para llevarlo a gobernarnos).

(Ahí tienen ustedes la gratitud del señor: le llama, con eufemismos, acomodaticio a Pagés Llergo, el periodista más valiente de México, y quien la abrió las puertas de su revista y lo sostuvo en sus barbaridades hasta el momento en que tuvo evidencia de que no se trataba de un ideólogo, sino de un especialísimo delincuente).

(La tesis de don Lázaro se refiere a la nacionalización de los bosques. Luis Suárez es otro refugiado español, magnífico reportero por cierto, a quien Rico detesta porque está en libertad y trabajando para sus ideas no ha sido tan estúpido para violar la ley y acompañarlo en la cárcel. Lo mismo ocurre con el asesinado que hace declaraciones, Heberto Castillo, y que llega en su resentimiento, cuando pregunta si el cadáver que habla no están en las calles de Andes, a denunciar a Lázaro Cárdenas como ocultador del prófugo Castillo, pues da la coincidencia, ya que de ellas habla, de que la casa del general Cárdenas en México está en las Lomas de Chapultepec, calle de Andes número 605. En su enfermiza egolatría el firmante de la carta quiere dar entender que Pagés Llergo, Luis Suárez y Lázaro Cárdenas se han coludido contra él y a favor de Castillo. Las declaraciones de este profesor, que no maestro, hechas a Luis Suárez, tienen un encabezado muy curioso, pues dicen textualmente: “Ni estoy muerto, ni he huido del país”. ¿Por qué el encono de Galán contra Castillo? Porque Castillo está libre, repito, y ha tenido tiempo de reflexionar y de hacer “autocrítica”, si ustedes quieren llamarlo así, al grado de que declaro a Suárez: Naturalmente, para Rico Galán es insoportable el pensamiento de la vuelta a clases, pues ello, según su pobre cerebro enfermo, atrasa el día de su triunfal liberación, en el momento de caer el gobierno de México, y su ascensión a la jefatura del Estado Comunista que desea).

“sigue Galán–,

Es necesario aclarar a qué ruedo quería lanzar sus ansias de novillero este torero tan garboso? Y es que es Rico Galán urgía a los hermanos Castro a que lo armaran de instrumentos de muerto y, por supuesto, de dinero, para entregarles un México sucursal de aquella pobre Cuba…

“…

.

Hay en esta tirada ya francamente paranoica de vanidad morbosa, una apenas esbozada amenaza para el director de “Siempre!”; un ponerse a la misma altura de Fidel Castro –lo que para Rico debe ser el desiderátum– y un considerar de México que ha cambiado de hace 29 meses para acá, es decir, desde el día en que él fue encarcelado. Su encarcelamiento es un acontecimiento de tal importancia que “¿cómo era México hace 29 meses y cómo es ahora?”, Es fácil explicar cómo era México hace 29 meses y 29 años, y cómo será dentro de 29 meses o dentro de 29 años: un país que progresa, que gana prestigio, que mejora poco a poco la vida de su pueblo. Un país maravilloso, tal vez el único del mundo donde se puede vivir como hombre libro, un país tan generoso que no hace sino segregar de la comunidad a los enfermos contagiosos. Aunque su principal enfermedad sea la ingratitud. Si los mexicanos, admirando la grandeza de Cortés, nos irritamos de pensar en su dominio sobre la Anáhuac, nada más nos faltaba conformarnos con ser manejados estratégicamente por un gachupincito que oye sonar un petate y echa a correr. Y si se considera peligroso, no importa en qué sentidoque en el sentido en que lo fue para los pobres ilusos muertos en Madera no cabe duda– yo acepto ese peligro, no ahora que está preso, sino para cuando, en un futuro más o menoslargo, pueda completar su triunfo. Lo acepto desde ahora.

“

No, evidentemente no es Nicaragua, aunque no veo por qué menospreciar a un pueblo hermano de los mexicanos, no de Rico Galán que sufre bajo una tiranía como en todo caso el pueblo al que este individuo pertenece ha vivido bajo treinta años bajo el gobierno de Franco. En este párrafo llega al colmo de su enfermedad mental. ¡Nos quiere enseñar qué cosa es México un español, refugiado político, hijo de refugiados políticos, que si está en México es porque España ha tenido la desgracia de no tener un Benito Juárez! Desgracia para los españoles y para los muchachos de Madera…

En cuanto a que come latas en la cárcel, come bastante mejor que los presos rusos los que no han muerto de un tiro en la nucaque sobreviven en los campos de concentración. Por lo que se refiere a Natalio evidentemente el señor Vázquez Pallares, nadie lo necesita “para volver a su cauce las aguas campesinas”. Se equivoca Rico Galán si cree que va a perjudicar con su cita al nuevo gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ganadero, que tiene que ver, por si el Lenin de bolsillo no lo sabe, con la pequeña propiedad y no con los pequeños ejidatarios como él pretende. Nadie, absolutamente nadie es necesario, pero en cambio hay quienes sobran. Finalmente: echar a patadas a los gringos es un buen consejo, muy sensato, de un estratega genial. Pero yo aseguro que enfrentado este mequetrefe enloquecido y desorbitado a cualquier gringo de hasta 41 años de edad, saldría muy mal parado, y no precisamente a patadas, don Víctor Rico Galán, quien ni siquiera siente remordimientos por lo que ha hecho sufrir a sus gentes, de manera que resulta ingenuo pensar que pueda tener alguna vez remordimientos por lo muerto de Madera…

\* \* \*

Ocurre en el mundo que el ojo de Dios sigue fijo en Caín, condenado a matar eternamente. Un hombre puede ascender la más alta e inaccesible montaña, a la media noche, y cavar, solo y su falta de alma, cuidando rigurosamente el secreto, un hoyo para esconder cualquier cosa: un muerto, una traición, una vergüenza. Aun así el mundo lo sabrá. Voy, pues, a hacer saber, en nombre del mundo normal de los hombres que luchan por los suyos y por su prójimo, algunas páginas del libro negro que encierra la historia del comunismo en México, sólo una pequeña parte del comunismo mundial pero que, por circunstancias especiales, a causa de la generosidad de corazón de Lázaro Cárdenas, pudo cometer en México uno de sus grandes crímenes: el asesinato de León Trotski.

¡Historia vieja!, dirán algunos. Pero es que resulta, a la vista de los acontecimientos que culminaron en Tlatelolco, historia actual, al menos desde el punto de vista de la técnica, “de la táctica y la estrategia” y de las conexiones internacionales. Leyendo una carta de León Trotski escrita una semana después del primer atentado a su vida en México –y a la de su esposa y su nieto, los últimos sobrevivientes de su numerosa familia, que el resto habían sido asesinados por órdenes de Stalin– cualquiera con dos dedos de frente establecerá relaciones, semejanzas y repeticiones. Solamente quisiera aquí, con el debido respeto para una gran figura nacional, recordarle al señor general Lázaro Cárdenas que su antigua simpatía por cierto tipo de “revolucionarios” ya le costó uno de los más grandes disgustos de su vida y que la calidad moral de los agentes internacionales del comunismo sigue siendo la misma en 1969 que en 1940.

(Podría yo hacer la historia del comunismo en México desde que en el año de 1919 se fundó el primer partido, con el famoso agente soviético, nativo de la India, Manabendra Nath Roy como organizador; podría recordar la infamia que nuestros comunistas cometieron contra el héroe nicaragüense Augusto César Sandino, quien al negarse a ser un agente soviético más, fue calumniado hasta lo intolerable; podría contar cómo Moscú se interesó tanto por México que mandó como embajadora nada menos que a la señora Kollontay; podría, finalmente, probar a los lectores que Pero el libro no debe pasar de determinadas dimensiones y yo me he alargado demasiado y toda vía necesito penetrar, hasta el fondo, en la infamia de Tlatelolco. Por eso empiezo con el asesinato de Trotski).

La madrugada correspondiente a la noche del 23 al 24 de mayo de 1940, un grupo de hombres, entre los que se destacaba un individuo alto que vestía uniforme de mayor del Ejército Mexicano, asaltó la residencia-fortaleza, en la que viví León Trotski, situada en Coyoacán en la esquina de las calles de Viena y Morelos. A pesar de todas las precauciones, de un cuerpo de gendarmes mexicanos y de un grupo de agentes especiales encargados de la protección del antiguo Jefe del Ejército Rojo, era evidente que la casa había sido asaltada, sus sistemas de seguridad y alarma burlados y por lo menos uno de los “gorilas” al servicio de Trotski, llamado Robert Sheldon Harte, secuestrado o bien comprado por los frustrados asesinos, pues salió a la calle con ellos, dándose la circunstancia de que esa noche le tocaba a él, Sheldon, el turno de vigilancia.

El general Leandro A. Sánchez Salazar, que era Jefe del Servicio Secreto, a las órdenes del Jefe de la Policía, el general Núñez, –aquel mismo coronel Núñez de la aventura del cura con Cárdenas en el camino a Zitácuaro– encontró las cosas demasiado raras en la casa del Judío Errante del Marxismo. Lo primero que se le ocurrió era que se trataba de y un autoasalto y procedió como si tuviera las pruebas de ello. Fue un error inicial, desde luego, pero cabe disculparse: Sánchez Salazar estuvo en la revolución mexicana, sabía de los campos en que los hombres luchan para matar o morir, pero no podía imaginar siquiera que existiera el mundo siniestro, subterráneo, maldito, que encierran tres iniciales estremecedoras: G.P.U.

La policía, a tumbos, aprehendió a la servidumbre de la casa, luego interrogó severamente a dos de los “ayudantes” de Trotski, provocando las protestas del ilustre refugiado y, finalmente, se encontró en un callejón sin salida hasta que, siete días después del atentado realizado con ametralladoras y bombas incendiarias, que la propia carta de Trotski, que voy a reproducir, como el rayo de luz que iluminó el caso y permitió a las autoridades policiacas enderezar el rumbo de la investigación y llegar a hasta los autores del repugnante intento. Repugnante, porque casi veinte hombres, armados hasta los dientes, dispararon cientos de tiros y algunas bombas contra dos ancianos y un niño, los restos de la familia de León Trotski.